

SOBRE EL ALCANCE DE LA EYACULACIÓN PRECOZ¹. (1908c)



Sándor Ferenczi

Las investigaciones en torno a la explicación fisiológica de la expulsión prematura del esperma y de los estados nerviosos concomitantes han dado origen a toda una literatura. Pero se ha hablado poco, e incluso nada, sobre las consecuencias nerviosas de un coito tan breve en la compañera del *otro sexo*. Sin embargo, apoyados en las investigaciones innovadoras de Freud, quienes han examinado de cerca la vida sexual o conyugal de las mujeres que padecen una *neurosis de angustia*, han podido constatar que los estados de temor, ansiedad o angustia están siempre provocados por la insatisfacción sexual, o por la satisfacción incompleta e imperfecta, cuya causa más frecuente es la eyaculación precoz del hombre. Incluso dejando de lado los casos manifiestamente patológicos de eyaculación precoz (asociada por lo general a muchos otros síntomas de neurastenia sexual y siempre imputable a una masturbación excesiva), parece ser que, de manera general, *el sexo masculino presenta en relación al femenino una eyaculación precoz relativa*. Dicho de otra manera, incluso en el caso más favorable, mientras la duración de la fricción en el hombre es normal, gran número de mujeres no consiguen experimentar el orgasmo; ya sea que la anestesia permanece completa hasta el final, ya que, aunque se produzca una cierta excitación libidinosa, ella no alcanza el grado necesario para el orgasmo, el caso es que cuando el acto ya ha acabado para el hombre la mujer queda excitada pero insatisfecha.

Si se mantiene esta situación, desemboca necesariamente en un estado de tensión nerviosa; sólo el egoísmo masculino, pervivencia del antiguo régimen patriarcal, ha podido desviar de este asunto la atención de los hombres y, por tanto, de los médicos.

Desde hace mucho tiempo consideramos que únicamente los hombres tienen derecho a la libido sexual y al orgasmo; hemos elaborado e impuestos a las mujeres un ideal femenino que excluye la posibilidad de expresar y reconocer abiertamente sus deseos sexuales, y no tolera más que la aceptación pasiva, ideal que clasifica las tendencias libidinosas, por poco que se manifiesten en la mujer, en las categorías de lo patológico o del “vicio”.

Sometiéndose a los criterios del hombre, tanto por su universo ético como por otros aspectos, la mujer ha asimilado tan perfectamente estas perspectivas que toda idea contraria, aplicada a ella misma, le parece impensable. Incluso la mujer que sufre la más grave angustia y que, según se sabe por el interrogatorio, no ha experimentado jamás sino excitaciones frustradas, rechaza con dureza y sincera indignación el pertenecer a “aquéllas” a quienes “esas cosas” pudieran faltar. No sólo no las desea -hablando en general- sino que las considera, en cuanto se siente implicada, como una relación desagradable, repugnante, de la que prescindiría gustosamente si su marido lo consintiera.²

Sin embargo, los impulsos libidinosos del organismo, alertados e insatisfechos, no se dominan a base de decretos morales; al no quedar satisfecho el deseo sexual, deriva hacia síntomas patológicos, generalmente la angustia; y en los individuos predispuestos, desemboca en la neurosis (histeria, neurosis de angustia).

Si los hombres abandonaran su modo de pensar egocéntrico para imaginar una vida en la que *ellos*

1.- *Diario médico de Budapest*, 1908.

2.- N. B. El instinto femenino tiene razón a este respecto; la abstinencia total es menos nociva para el sistema nervioso que una excitación frustrada.

tuvieran que soportar constantemente la interrupción del acto antes de la resolución orgásmica de la tensión creada, se darían cuenta del martirio sexual sufrido por las mujeres y de la desesperación provocada por el dilema que les obliga a elegir entre el respeto a sí mismas y la satisfacción sexual. Comprenderían también mejor el por qué enferma un porcentaje tan elevado de mujeres.

La teleología propia del razonamiento humano no se resigna fácilmente al postulado de que en “el mejor de los mundos posibles” una función orgánica tan elemental deba presentar una duración parecida para conseguir satisfacer a ambos sexos. Y la experiencia parece confirmar que no se trata de una diferencia orgánica entre los dos, sino de una diversidad en las condiciones de vida y de presión cultural, lo cual explica esta “asincronía” en la sexualidad de los cónyuges.

La mayoría de los hombres se casan tras un cierto número (por lo general bastante grande) de aventuras sexuales y la experiencia demuestra que, en este campo, el hábito no entraña una elevación del umbral de excitación, sino al contrario, una aceleración de la eyaculación. Este efecto aumenta considerablemente si, como ocurre indiscutiblemente en el noventa por ciento de los hombres, la satisfacción se ha obtenido habitualmente por vía autoerótica. Por esto, en la mayoría de los hombres que se casan, la eyaculación es relativamente precoz.

Por el contrario, la mujer, durante sus años de soltera, está apartada sistemáticamente de todo contacto sexual, ya se trate del plano real o del mental, y, además, se tiende a hacerle aborrecer y despreciar todo lo que se refiere a la sexualidad. De este modo, comparada con su futuro esposo, la mujer que se casa es, desde el punto de vista sexual, al menos hipoestésica cuando no anestésica.

No me siento cualificado para extraer las conclusiones *sociológicas* del problema y decidir quién tiene razón: los que exigen al hombre la castidad hasta el matrimonio o los que proponen la emancipación de la mujer.³ El médico, que no puede remediar más que los sufrimientos individuales y apenas se preocupa de los males de la sociedad, se inclinará evidentemente hacia lo último; preferirá la tendencia que trata de disminuir la histeria femenina a la que, propugnando la observancia de la castidad por el hombre, tiende a ampliar también la histeria al sexo masculino.

En realidad, no creo que la elección deba reducirse a estos dos extremos. Ha de existir una solución para proteger mejor el interés sexual de la mujer, sin tener que sacrificar el orden social fundado en la familia.

Un tímido intento en este sentido lo constituye el movimiento de iniciación sexual de las mujeres antes del matrimonio. Y aunque el número de sugerencias y proyectos simplistas y absurdos es grande, existe, sin embargo, cierta esperanza de que el procedimiento brutal y generalmente practicado, que consiste en entregar el día de la boda una mujer asustada e ignorante de la sexualidad a un hombre curtido ya en numerosas experiencias, se abandone pronto. Mientras las condiciones actuales permanezcan vigentes, no es sorprendente que la eyaculación relativamente rápida del hombre y la relativa anestesia de la mujer se admitan como cosa natural en la vida conyugal, y que, a consecuencia de “la significación ejemplar de la sexualidad”,⁴ las uniones fundadas en la satisfacción, es decir, felices, sean tan raras.

(Sandor Ferenczi. Obras Completas, Psicoanálisis Tomo II, Ed. Espasa-Calpe, S.A. Madrid, 1984)).

Volver a Selecciones Ferenczianas

PÁGINAS DEL PORTAL ALSF-CHILE

<http://www.alsf-chile.org> - <http://www.biopsique.cl> - <http://www.indepsi.cl>

Contacto: alsfchile@alsf-chile.org.

3.- A mi parecer, las mujeres se equivocan al creer que el remedio de sus males consistiría en el derecho al voto. No es el derecho a la elección política, sino el relativo a la elección sexual el que deberían reivindicar.

4.- “Vorbildlichkeit der Sexualität”, Freud.